

lares, consta de cerca de cuatrocientas páginas, cincuenta y seis fotografías, retrato del autor, portada, muy original, del laureado artista Martínez Terrón y papel e impresión impecables.

Si la exterioridad del libro es perfecta y fácil su manejo, el contenido realmente abruma por la riqueza de datos históricos, la detenida, minuciosa enumeración de festejos, costumbres, monumentos y tradiciones. No falta el detalle gastronómico, la situación geográfica, el paisaje. Ameno por el arte, la habilidad, el acierto con que se yuxtaponen todos sus elementos integrantes. El estilo sencillo, depurado, con relámpagos de inspiración cuando lo expuesto reclama por su naturaleza dramática, tales reacciones o sacudidas. En resumen: una exposición ejemplar, páginas que atraen y de las que no es fácil desentenderse una vez empezada la lectura.

Las localidades más importantes por su valor histórico y monumental: Coria, Guadalupe y Trujillo son estudiadas con esmero y prolijamente, y los pequeños pueblos, de casas humildes y añosas, como abandonados a su propio destino, en la soledad de los campos, pero ricos y atrayentes por sus típicas costumbres, sus leyendas y sus fiestas, aparecen descritos con voluptuosa complacencia, sin omitir detalle, rasgo, particularidad alguna, a fin de que la estampa sea exacta.

Las interpolaciones gastronómicas, cuando el relato lo exige, son copiosísimas: roscas de San Blas y de la Pica, empanadas, hornazas, coquillos y floretas, tortas del Casar, «roscas obispales», «madroños», «roscas de piñonate», «repelao», «brazo de gitano», «empanadas de bizcochos»; frite extremeño o *caldereta*, jamones, aves, conejos del «Ramo», chanfaina, tortilla de pimientos, etc., y aunque el autor de estas líneas, por un imperativo de su deficiente salud, observa la sobriedad ateniense y abomina de los Trimalciones, Apicios y Lúculos, no puede dejar de considerar de un modo objetivo esta riqueza del yantar cacereño tan pródigamente expuesta por el señor Gutiérrez Macías.

Su personalidad como periodista —colaborador y corresponsal de importantes periódicos y revistas—, político —en la esfera municipal y provincial— y literato, es tan conocida de todos, que no hay por qué detenerse a considerarla. Nos subyuga de ella la corrección y diligencia que pone al servicio de todos sus quehaceres. Ahora se acrecienta con la publicación de este libro, que no faltará, sin duda alguna, en la biblioteca de cuantos amen el propio terruño, o de aquéllos que más allá de los límites geográficos de éste, sientan curiosidad por la historia, hábitos, fiestas, monumentos, paisajes, indumentaria, psicología, carácter y naturaleza de nuestros conterráneos.

PEDRO ROMERO MENDOZA

Nocturno en la plazuela de San Mateo

Te platea la luna...
y en la noche bruna
con encanto moro,
los viejos palacios
parecen topacios
de un viejo tesoro.
En tu plazoleta
el alma se aquieta
con tus soledades,
y hasta el mismo viento
es suave lamento
de añejas saudades.
En tus tapias viejas
florece consejas
llenas de emoción,
donde los laudes
con sus inquietudes
forjaron romances
que son tradición.

Rincón recoleto
que lanzas el reto
sobre el tiempo hiriente.
Nocturna balada
en piedra almenada
de impresión silente.
Caen las campanadas
sonoras, pausadas...
y el silencio herido,
tiene resonancia
de altiva prestancia
en muros dormidos.
.....
Te platea la luna...
y en la noche bruna
— historia y trofeo —
los viejos palacios
parecen topacios
sobre San Mateo...

ISIDRO MELARA BERROCAL